

# **IMPERIO**

## de Michael Hard y Antonio Negri

*análisis-reseña de Aurelio Sainz Pezonaga*

¿Dónde estamos? En Imperio, una nueva fase de dominación capitalista sin centro y sin fronteras, inmersos en un contexto biopolítico. ¿Qué podemos hacer? Olvidar toda esperanza en una unidad o norma transcendental, deconstruir en la teoría y en la actividad cotidiana el sistema que nos gobierna y las crisis que lo atraviesan, realizar y extender nuestra potencia de actuar cooperativa y singular, que es hoy inmensa, por encima de los obstáculos que el imperio pone a nuestro deseo de liberación, igualdad y comunismo.

Estas son, en breve, las tesis y las propuestas que el filósofo estadounidense Michael Hardt y el teórico y político italiano Antonio Negri exponen en *Imperio*.



*Imperio* es una apuesta fuerte por la revitalización del pensamiento radical. Haciendo uso del análisis socio-histórico, la teoría jurídico-política, la creación filosófica y la forma-manifiesto, los autores trazan las líneas fundamentales de lo que, en otros lugares, se ha llamado “globalización” y proyectan las condiciones sociales actuales desde las que es posible construir liberación.

Dos son los conceptos principales que utilizan en el análisis. El primero es el de imperio, que da título al libro, y el segundo, el de contexto, terreno o espacio biopolítico.

Comenzaremos por el segundo. El contexto biopolítico es el resultado de los cambios en la producción y en la reproducción acaecidos en los últimos treinta años. Sintéticamente, estos cambios consisten en el paso de la producción industrial a la producción informacional y en el paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control.

### *Fordismo y sociedad disciplinaria*

La producción industrial o fordismo conoce su época de esplendor en los países dominantes a partir de la Segunda Guerra Mundial y hasta finales de los años sesenta. Sus características principales eran la organización científica del trabajo o taylorismo que descompone y economiza los gestos del trabajador y establece una fuerte separación entre concepción y ejecución, la cadena de montaje que impone mecánicamente los tiempos de trabajo, la producción en serie y la estandarización, el empleo estable y el pleno empleo, la negociación colectiva, los salarios “altos” y el salario indirecto, que, junto a la inversión y el endeudamiento estatales, buscaba incentivar el consumo tal y como prescribía la receta keynesiana.

La generalización de tecnologías y dispositivos de poder disciplinarios ocurre también durante estos años. Las tecnologías de poder de la sociedad disciplinaria actúan sobre los cuerpos para conseguir un máximo de tiempo y de fuerzas con un mínimo de gasto político. Lo hacen a través de centros de encierro (familia, suburbio, escuela, fábrica, cuartel, prisión...), perfectamente separados los unos de los otros, cada uno con su función exclusiva y todos ellos haciendo funcionar una máquina panóptica. El panoptismo consigue que los sujetos se sientan continuamente vigilados y terminen por vigilarse a sí mismos. En la sociedad disciplinaria, además, funciona un esquema de normalización, a un tiempo homogeneizador e individualizador. La norma es una medida común a partir de la que se compara a los dominados y se hacen visibles las desviaciones que amenazan con excluirlos.



Pero, el fordismo y la sociedad disciplinaria entraron en crisis a finales de los sesenta. Causa de ello será el rechazo del trabajo. Este se manifiesta en las altas tasas de absentismo, de rotación de personal, de mercancías defectuosas; pero, también en las posibilidades que un pequeño grupo de obreros tienen, a través de procedimientos como el “gato salvaje” (interrumpiendo la cadena de montaje en un punto), de paralizar la producción; o en las fuertes luchas igualitarias frente a la estrategia patronal de dividir a los trabajadores en una infinidad de niveles y retribuciones. A ello hay que sumar las movilizaciones estudiantiles, feministas, pacifistas, ecologistas, antirracistas, contra-culturales y unas cada vez mayores exigencias al Estado de Bienestar. Nuevas necesidades, nuevos deseos, nuevas experiencias se abren paso: una acumulación de luchas por el modo de vida que obliga a modificar todas las categorías de lo político existentes hasta entonces. El rechazo masivo del régimen disciplinario hace temblar las estructuras que habían organizado la sociedad capitalista durante los veinticinco o treinta años anteriores.

Por su parte, el capital, en respuesta, comienza a desregularizarse. Surgen bolsas de capital financiero, las grandes compañías se desplazan en busca de mano de obra más dócil y barata, los acuerdos de Bretton Woods que establecían cambios fijados entre las diferentes monedas se vienen abajo.

### *Producción biopolítica y sociedad de control*

En esta coyuntura, se vislumbran dos vías. La primera es un intento desesperado de restablecer el control sobre el ciclo de producción a través de medidas represivas. La segunda es la constatación de que el fordismo ya no da más de sí. Es la contrarrevolución: integrar, dominar, hacer productivas para el capital las nuevas subjetividades, la nueva composición de clase que se ha estado fraguando en la lucha. Poco a poco, va implantándose lo que en los ochenta se llamó “posfordismo” o “toyotismo”. El sector industrial se estanca mientras crece el sector servicios. El proceso de producción se automatiza e informatiza. La comunicación se hace directamente productiva. El trabajo en equipo, los círculos de calidad, la multifuncionalidad de la fuerza de trabajo, la autonomía controlada, el *just in time* o el *stock-cero* son las formas de gestión “participativa” que se imponen en la fábrica automatizada. El uso de la informática, el conocimiento científico-técnico, el saber-hacer, la creatividad, la innovación permanente, la resolución de problemas, la autoorganización, las relaciones personales, la circulación de la información a través de todo el ciclo, pero especialmente desde el mercado a la producción son, ahora, fuerzas productivas de primera importancia.

Algunos marxistas italianos, entre los que se encuentra el propio Negri, han retomado el concepto de *general intellect* que acuñara Marx en los *Grundrisse* para dar cuenta de esta nueva fuerza de trabajo que se define por la inteligencia colectiva que es capaz de poner en marcha. Hardt y Negri, sin embargo, van más lejos. Es necesario tener también en cuenta, dicen, la producción de mercancías inmateriales (servicios, bienes culturales, información y comunicación), lo que los autores llaman “trabajo inmaterial”, que, por un lado, va acompañada de la generalización del uso del ordenador y, por otro, y más importante, ha puesto a trabajar al afecto tanto en lo que se llama la industria de entretenimientos, inmensa máquina generadora de emociones, como en todos los servicios relacionados con el trato y el cuidado de personas.

Así pues, el concepto de *general intellect* sólo daría cuenta del aspecto puramente intelectual que cualifica a esta nueva fuerza de trabajo. Para aprehender el aspecto afectivo que también incorpora proponen el concepto de biopoder. Las fuerzas productivas que ponen en movimiento la sociedad informacional en la que vivimos son fuerzas biopolíticas. Se refuerza, entonces, el carácter de cooperación social que el *general intellect* llevaba consigo. Ya que, si algo es definitorio del biopoder, esto es, de las capacidades productivas de vida, es que requieren la movilización de toda la sociedad, de la entera vida social, para constituirse. La frontera entre las esferas de la producción y

la reproducción, entre el tiempo de trabajo y el de no-trabajo, se desvanece. La vida como producción y reproducción del conjunto de cerebros y cuerpos atraviesa y domina la esfera productiva.

La contraofensiva del capital en los años ochenta y noventa se enfrenta, por tanto, con la necesidad de controlar de forma extensiva e intensiva la actividad social completa de la que se apropia para reproducirse. Para ello, sin embargo, no puede permitirse el lujo de destruir ni sustituir las interacciones sociales de las que se alimenta. Por el contrario, las fomenta y reconduce en una dirección acorde con el sistema. La cooperación productiva no necesita ser orquestada desde fuera por el capitalista. Esta cooperación es ahora social, autónoma, pero tal autonomía está controlada desde el interior.

Frente a la relativa rigidez de las tecnologías disciplinarias, las tecnologías de control que las sustituyen son flexibles, modulables, descentralizadas, abiertas, ininterrumpidas, cubren el entero espacio social y atraviesan de arriba a abajo nuestra inteligencia, nuestra afectividad y nuestra sociabilidad. Así, la llamada crisis de las instituciones hay que entenderla como un reacondicionamiento del territorio existencial por el que estas fábricas de subjetividad se abren, e intercambian y combinan sus funciones (el ejército se convierte en una escuela, la empresa en una familia o en una cultura, los medios de comunicación predicán y cotillean y el individuo es una empresa que administra capital humano), dando como resultado unas subjetividades híbridas que reúnen todas las identidades y ninguna. La gestión de las diferencias y de los híbridos, el poder del dinero, la segmentación laboral, el localismo de la administración y el mando global completan los mecanismos de control.

El control global y difuso de la vida social funciona, entonces, rompiendo y obstaculizando, unificando o segmentando a la multitud y su poder productivo general. Impide, de este modo, que, a partir de las capacidades productivas de vida, se haga posible la constitución de una comunidad biopolítica auto-organizada, de un sujeto político, de un poder constituyente que supondría un serio peligro para la misma existencia del imperio. El estallido impredecible de una infinidad de conflictos que ya no vienen de fuera sino del propio contexto biopolítico con una intensidad igualmente global es la consecuencia.

Desde el punto de vista de la sociedad de control, el biopoder es una forma de poder que regula la vida social desde su interior. Y, en síntesis, el espacio biopolítico es la arena donde se enfrentan los dos biopoderes: el control desde dentro sobre la vida, que trocea y corrompe a la multitud, y las fuerzas sociales productivas de vida, que generan y re-generan una potencia común, desde abajo, expansiva, creadora de valores, más allá de toda medida.

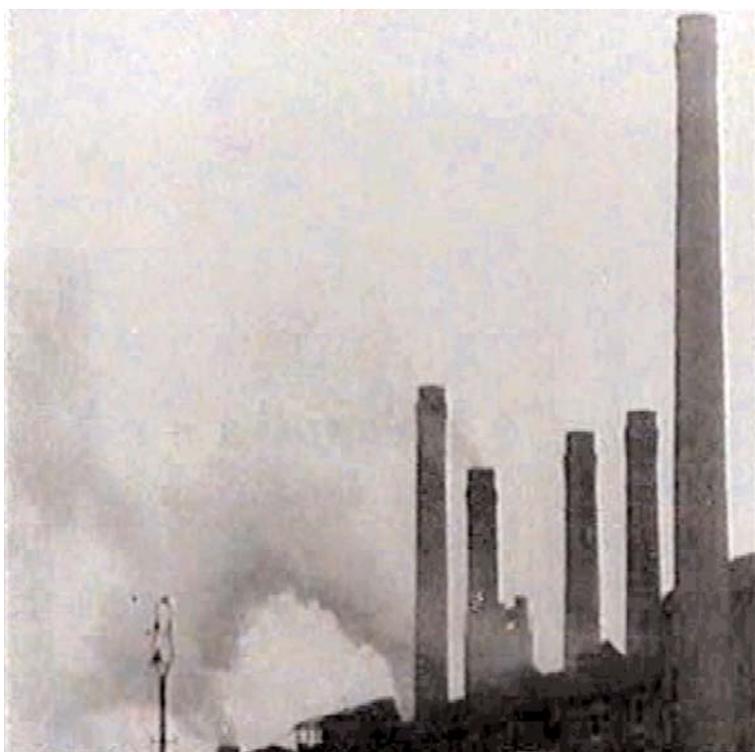
### *La crisis del imperialismo*

El concepto de imperio es el otro concepto principal que articula el texto que nos ocupa. Imperio se opone a imperialismo. Tiene como característica primera el declive de la soberanía del estado-nación sobre la que se sustentaba el imperialismo. Este era una extensión de la soberanía de los estados-nación más allá de sus fronteras. La frontera es el elemento definitorio, tanto material como ideológicamente, de los estados-nación. Es la que permite distinguir entre el mercado interior y el exterior. Es el límite sobre el que se levanta la construcción imaginaria de la identidad nacional. Rodea el centro desde donde se proyecta la expansión y la competencia con otras potencias imperialistas.

El imperio surge, pues, de la erosión de la soberanía del estado-nación. Y surge como una nueva soberanía, una nueva lógica y estructura de dominación sin fronteras.

Hardt y Negri ocupan buena parte de *Imperio* trazando una rica genealogía del estado-nación, de su despliegue, de su declive y de la final aparición del imperio. Tres son las líneas que siguen fundamentalmente. La primera describe la fundación del estado-nación como máquina creadora de una unidad trascendental (el pueblo, la nación, la voluntad general) a partir de individuos previamente aislados por el mercado. Media, por tanto, entre la individualidad y la universalidad, entre el interés privado y el público con el objetivo de imponer el orden que requiere la extracción regular de plusvalor. Busca disciplinar, así, a las fuerzas inmanentes de una multitud que, desde el Renacimiento, no reconoce mediación trascendental alguna para constituir sociedad. El estado-nación se establece sobre la crisis, sobre el enfrentamiento entre transcendencia e inmanencia. Y aunque el nacionalismo haya sido útil a los movimientos de liberación nacional en su lucha contra el imperialismo, en último término, bloquea la posibilidad de imaginar comunidades múltiples y singulares, perdiendo todo carácter progresivo en el momento en el que se instituye en estado-nación.

La segunda línea describe el capital como una fuerza expansiva. El capital necesita un afuera con el que intercambiar sus mercancías porque está internamente limitado por la diferencia entre lo que los trabajadores producen y lo que consumen. Esta diferencia es el origen del plusvalor, el límite de su realización y el motor de la acumulación. La acumulación, por su parte, supone que nuevos medios de producción y nuevas fuerzas de trabajo sean integrados dentro de la relación-capital. Es decir que el capital necesita, al mismo tiempo, mantener un afuera e integrarlo. El imperialismo es, en definitiva, la expansión del capital centrado nacionalmente. El imperio, por contra, deviene cuando el capital se mundializa, cuando el mercado no se divide en interno y externo sino que se hace mundial, cuando las fronteras del estado-nación se convierten en obstáculos ya no sólo de la expansión del capital sino también de su intensificación. Marx llamó a este cambio *subsunción real del trabajo en el capital* y coincide con lo que Hardt y Negri intentan analizar desde sus presupuestos a través del concepto de contexto biopolítico tal y como hemos explicado más arriba.



La tercera línea remite al carácter excepcional dentro de la modernidad del constitucionalismo estadounidense. Frente a la centralidad, la jerarquía y el espacio cerrado de la soberanía de los estados-nación europeos, el proyecto constitucional de los Estados Unidos se construye sobre el modelo de la expansión de relaciones democráticas en red en un espacio abierto. El proyecto, sin duda, encontrará contradicciones desde el principio con respecto al estatus de los nativos americanos, de la esclavitud negra, del papel de la mujer y a finales del siglo XIX y principios del XX con el ciclo de luchas obreras que recorre los U.S.A. Tras la Revolución Soviética del 17 y durante toda la guerra fría, sin embargo, el imperialismo estadounidense adopta el modelo de soberanía europeo. Hasta que la derrota en Vietnam y las luchas sociales de

finales de los sesenta, les conduce a retomar el modelo originario, pero ahora dentro de otro contexto, dentro del contexto del imperio donde los tratados internacionales han dejado paso a los acuerdos, las asociaciones, las mediaciones, la coordinación sobre el fondo de un marco global de espacio abierto.

Para entender, sin embargo, el declive de la soberanía de los estados-nación y el surgimiento del imperio es necesario situarse en la crisis de los años sesenta y setenta. De hecho, tras la Segunda Guerra Mundial ya se hablaba de una soberanía limitada por la política de bloques de la guerra fría y por la amenaza nuclear. Aunque, al mismo tiempo, las luchas de liberación nacional, la descolonización, las nacionalizaciones que la acompañaron, el *New Deal* para todos que se proclama en esa época y la Liga de Países No Alineados provocan una multiplicación de los estados y un fortalecimiento del Estado.

Justamente, esta extensión y reforzamiento de los estados-nación, o mejor las luchas sociales de las que se nutre y que genera, preparará el terreno de la crisis. Por un lado, la descolonización supone el fin del imperialismo militar y el comienzo del imperialismo del dólar, pero este se encuentra con una fuerte contestación social y un incremento en la demanda de los trabajadores. Por otro, el rechazo del régimen disciplinario del que hemos hablado arriba es un ataque, igualmente, contra la burocracia estatal.

La desregulación financiera y monetaria con la ruptura de los acuerdos de Bretton Woods y el desplazamiento del capital en busca de mano de obra más barata y dócil serán las primeras respuestas del capital. Pero, estas medidas junto a la guerra de Vietnam y las luchas sociales debilitan la hegemonía política estadounidense en el mundo. La crisis energética producida por la subida de los precios decidida por la O.P.E.P., la llamada “segunda guerra fría” y la segunda fase de conflictos en los países dominados hacen ya evidente la necesidad para el capital de una reestructuración global.



### *La construcción del imperio*

La salida de la crisis consistirá en la interiorización de la misma: el debilitamiento de la soberanía estatal a favor de la construcción del imperio. A nivel macro, la desregulación financiera y monetaria se convierte en la hegemonía del capital financiero, la competencia entre capitales da como resultado la desconexión de las grandes compañías de su base territorial. El mercado mundial sustituye al mercado inter-estatal. El capital se descentraliza y se hace móvil. Estados Unidos recupera su hegemonía, ayudado, entre otras cosas, por la transferencia de capital desde Europa, Japón y todos los países subordinados cargados de deudas. La URSS, enfrentada a sus propias contradiccio-

nes e incapaz de integrar la nueva subjetividad proletaria producida por las luchas de los años sesenta y setenta, se debilita hasta quebrar.

Las transformaciones que conducen a la producción biopolítica, la adopción de políticas neoliberales que incentivan la inversión en lugar del consumo, la potenciación de organizaciones supranacionales y la competencia interregional dan forma al nuevo orden. Ha nacido el imperio.

Hardt y Negri describen el imperio a modo de pirámide y como combinación de los tres regímenes clásicos de gobierno. Así, en la cúspide, se hallaría la monarquía. Su función consiste en unificar la totalidad del sistema a través de una fuerza policial global. Y está compuesta por el gobierno de los Estados Unidos, los demás miembros del G-7 y las grandes organizaciones supranacionales militares y financieras.

En la parte media, encontraríamos a la aristocracia cuya función es la articulación de los diversos elementos del sistema, distribuyendo el mando a través del planeta. La formarían, por un lado, el capital financiero y las compañías transnacionales que actúan en el mercado mundial, en las redes de flujos de capital, tecnología, bienes y población; y, por el otro, el conjunto general de los estados-nación que median con los poderes globales, negocian con el capital transnacional, redistribuyen los ingresos y disciplinan a la población.

En la parte más baja, se situaría la democracia con la función de transformar la multitud (multiple, inconclusa, constituyente) en pueblo (unitario, cerrado, constituido) por medio de la representación. Aquí hay que incluir de nuevo a los estados-nación en la tarea de legitimar el conjunto. Y junto a ellos encontramos, por un lado, a los medios de comunicación y a las organizaciones religiosas, que se presentan como la voz y la conciencia del pueblo, y, por otro, a las ONG humanitarias y sin fronteras cuya acción política descansa en una apelación moral universal.

Cada uno de los niveles dispondría de un instrumento de mando global y absoluto. La cúspide poseería la bomba atómica como amenaza última que pesa sobre todo el planeta y que, con su mera existencia, reduce toda guerra a una guerra civil. En general, la superioridad militar abrumadora de los EE. UU. y sus aliados mayores hace que la eficacia destructiva sea el medio de dominación mundial.

La parte central utiliza el dinero como medio de circulación, poder y lenguaje para controlar el mercado mundial y a los estados-nación, para producir necesidades, relaciones sociales, cuerpos y mentes a través del planeta. La parte democrática coloniza el éter, la comunicación, la educación, la cultura en una continua circulación de signos a través de la cual el capital somete enteramente a la sociedad. El lenguaje se convierte en medio de producción, en productor de realidad y en expresión y autovalidación de la autoridad.

Hardt y Negri señalan cuatro características generales del imperio. Una de ellas, el que tenga como objeto de gobierno la vida social en su totalidad que es, al mismo tiempo, el espacio de su reproducción, la hemos tratado al hablar del contexto biopolítico. La segunda, la ausencia de fronteras y, por tanto, de un afuera del imperio, la hemos también apuntado en la diferenciación con respecto al imperialismo y en el carácter expansionista del capital, etc. Aquí habría que añadir que la ausencia de fronteras determina que el despliegue de la fuerza imperial se realice bajo un derecho policial en cuanto está dirigido a mantener un orden interno, en un estado de excepción permanente, desde un centro integrador (la cúspide de la pirámide) y sobre un terreno de continua contestación, movilidad y crisis.

La tercera es que la legitimidad del uso de la fuerza imperial descansa en la defensa de valores universales. Así el imperio dice defender la paz al fin lograda (pero que es continuamente interrumpi-

da por los “otros” demonizados), la vida (en concierto con las ONG humanitarias) y la justicia (las guerras del imperio son siempre guerras justas). El uso de la fuerza se realiza con el consenso continuamente reclamado de todos los poderes y en una reconstrucción ininterrumpida del equilibrio sistémico.

Por último, el poder imperial se concibe a sí mismo al margen de la historia. No reconoce pasado, ni busca alcanzar algo en el futuro. Como juez supremo todopoderoso que se alza por encima de todas las diferencias (ellas mismas sin historia y sin dislocaciones internas), garantizando su armoniosa convivencia, se quiere eterno.

### *Homohomo*

Hasta aquí hemos expuesto el análisis del presente que Hardt y Negri hacen en su libro. Sin duda, este es mejorable y requiere ser puesto a prueba. Habría que introducir estudios de mayor concreción y complejidad en lo que respecta a las nuevas formas de trabajo, al modo en el que el desarrollo del capital financiero determina la producción y la circulación, a las nuevas ideologías y, sobre todo, sería necesario enriquecer la investigación sobre la sociedad de control. De todas maneras, tanto el concepto de contexto biopolítico como el de imperio son intuiciones poderosas que merecen una atenta consideración.



De otra forma, creemos, hay que adentrarse en el planteamiento filosófico-político en el que los autores apoyan buena parte de sus análisis y que constituye la base argumental de sus propuestas.

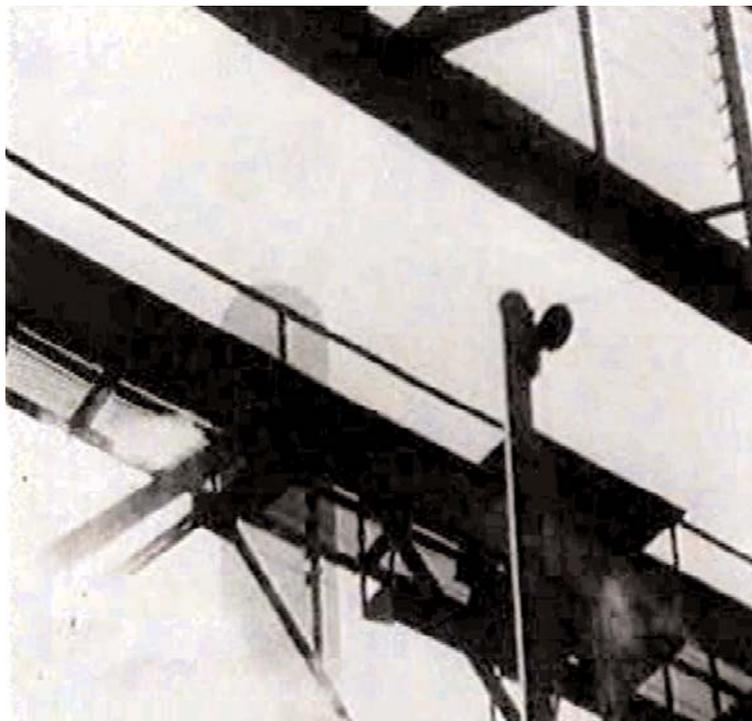
Es necesario, para Hardt y Negri, partir de una constatación: en Imperio, no hay afuera. O, si nunca lo hubo, en Imperio la ausencia de un afuera es constitutivo. Imperio es un *no-lugar* porque, desde el momento en que se diluyen la soberanía nacional y la frontera entre la producción y la reproducción, en él ya no funcionan los códigos binarios dentro/fuera, naturaleza/cultura, privado/público, etc. que articularon la ideología y la política modernas. En la posmodernidad imperial, el mercado mundial no deja nada fuera. Sin embargo, aunque no sea posible situarse fuera del imperio, sí lo es oponerse al mismo. ¿Desde dónde? Desde la innovación y la creación biopolítica, desde la potencia de actuar colectiva que produce y reproduce en todas partes y a todas horas el contexto biopolítico.

Desde la vida productiva de la multitud, el gobierno imperial se muestra como una cáscara hueca, como un parásito, como puramente negativo, como un obstáculo. Si la subjetividad colectiva biopolítica produce todas las cosas, todas las relaciones sociales, todos los valores, entonces, no hay norma o medida trascendental, previa, preconstituida, no hay un Dios o una naturaleza o una esencia o un valor de uso o una justicia neutral, reconocidos o representados, que no se presente como

impedimento, como vacío, como corrupción.. No hay forma objetiva (independiente de la potencia de la multitud) ninguna capaz de medir el trabajo y, por tanto, la distribución del producto del trabajo; y toda pretensión de estar haciéndolo no es sino una imposición arbitraria, ilegítima. Las fuerzas productivas de vida se hallan *fuera de medida*. Y además, se hallan *más allá de la medida* porque son un poder constituyente, creador de nuevos valores, un poder expansivo, abierto en todas las direcciones, a un tiempo singular (porque reside en los cuerpos y en los cerebros de la multitud) y universal (porque sólo puede surgir en lo común).

Con otras palabras, lo que la constitución imperial, el mercado mundial, la globalización extensiva e intensiva ponen "a la orden del día" son las potencias de actuar desmesuradas que, conjugando colectivamente trabajo, inteligencia, pasión y afecto, activan el espacio biopolítico del que se nutren parasitariamente los gestores del planeta. Frente a ellas, cualquier apropiación privada o cualquier monopolización de los medios de producción, cualquier estructuración desigual del poder, por muy real que sea, es injustificable, intolerable, una desfachatez, un insulto. Las capacidades productivas de la multitud global con su mera existencia vacían de sentido cualquier forma de organizar la sociedad que les impida constituirse en sujeto político. Su fuerza material es, a un tiempo, fuerza inmaterial, simbólica. Su fuerza es ontológica. Ellas producen la realidad, el ser. No el Ser como un previo trascendental, sino el ser productivo, constituyente, la humanidad artificial del *homohomo*. Sólo ellas son en el pleno sentido porque ellas producen el valor y el sentido. Lo demás, frente a ellas, carece de valor, es sin sentido.

Claro que, y este es el problema, la plenitud de su existencia es, por ahora, únicamente virtual. Son absolutamente, pero sólo de manera virtual. La tarea consiste en que lo virtual se haga posible, en que la potencia de actuar devenga sujeto político. Y el imperio sólo funciona impidiendo este devenir a través de la proliferación de las crisis (y cada vez, de un modo más paranoico y destructivo).



### *Sin nostalgia*

El presupuesto que recorre todo el libro es la identificación de ser y sentido desde una ontología de la producción y de la multiplicidad, que, de ese modo, se hace constitutiva. En Imperio, la producción es producción de sentido, de comunicación, y la explotación, ya imposible de medir, es apropiación del sentido producido en la cooperación no mediada de la multitud.

Pero, si esto es así, y mientras haya explotación, el orden imperial, y no la multitud productiva, es el que "posee" la plenitud ontológica, porque es el que se apropia de la misma. Tendríamos, por tanto, dos plenitudes ontológicas. Una virtual, la de la multitud. Otra real, la del gobierno imperial. La virtual, sin embargo, es la que produce el sentido, aquella en la que el sentido es en su verdad

productiva. La real es la que se apropia del sentido, aquella en la que el sentido tiene que aparecer como trascendental (como no producido) para no descubrir la explotación y, por tanto, el vacío inherente a la práctica de la explotación.

En el imperio, la ideología (en el sentido gramsciano o althusseriano), tanto como la ciencia, trabaja sin descanso. La ideología imperial es el producto de la cooperación de la multitud cuando a ésta se le impide, de mil modos, hacer efectivo su ser-sentido, auto-valorizarse. La ideología de la multitud será la que le posibilita constituirse en sujeto político, la que niegue toda ideología que se presente como nacida al margen de su producción colectiva, la que extienda su poder constituyente por encima de los mecanismos a través de los que se realiza la expropiación de ser y sentido.

Todo es fábula (espectáculo, relato o simulacro) en Imperio, pero las fábulas también son producidas mediante la cooperación social en un contexto biopolítico. Es preciso explicitar las condiciones de producción de las fábulas y producir múltiples sentidos potentes para la democracia comunista (si logramos no confundir lo virtual y lo real como a veces les ocurre a Hardt y Negri), de modo que la multitud pueda desprenderse de la nostalgia de un afuera que, por ejemplo, el hablar de “fábulas” revela. La tarea consiste en construir un lugar en el *no-lugar*, un lugar sin nostalgia enfrentado al imperio cuya ideología sólo puede ser nostalgia eterna de una mano invisible armonizadora que nunca existió ni existirá.

